

EXAMEN DE LIBROS*

Sobre Moisés GONZÁLEZ NAVARRO: *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero, 1821-1970*. México: El Colegio de México, 1993, 3 vols.

Lo “propio” y lo “ajeno”, “nosotros” y “ellos”, “connacionales” y “extranjeros”, en torno a estos cuestionamientos gira esta monumental obra del maestro Moisés González Navarro que hoy se presenta.

Se trata de un análisis muy minucioso de la actitud que han asumido extranjeros en nuestro país y connacionales nuestros en el extranjero.

Este libro será sin duda una obligada obra de consulta para quien quiera acercarse al problema. Es un texto como suelen ser los del maestro González Navarro: pródigo en información, ordenado cronológicamente, organizado y estructurado por los grandes acontecimientos políticos que, después de todo, repercutirán tan decisivamente en nuestras relaciones con los extranjeros. El libro se convertirá pronto en un clásico para el historiador interesado en el tema de extranjeros en México y mexicanos en el extranjero.

Por su magnitud —¡tres grandes tomos!—, ya tiene el tamaño físico de una enciclopedia; por la apabullante cantidad de información, también. Habrá quien extrañe recapitulaciones al final de los distintos apartados, más interpretación o mayor cantidad de explícitas conclusiones personales del autor.

* Los siguientes comentarios fueron presentados por la doctora Brígida von Mentz, la maestra Dolores Pla y el padre José Benigno Zilli en el homenaje que el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México brindó al maestro Moisés González Navarro en 1994.

Si bien aparecen posturas analíticas y valoraciones del autor, hay que saber encontrarlas; es decir, no saltan a la vista las opiniones personales del maestro González Navarro, sino que tienen que leerse entre líneas o descubrirse en la estructura misma del texto. Por lo tanto, no es lectura fácil, literaria o periodística, que atrae y conmueve por una sencillez tipo *best-seller*. No es un libro simplificador que se preste a una lectura superficial.

Una obra tiene similitudes frecuentemente con su autor; refleja en cierta manera sus características. Un libro como éste, resultado de años de trabajo, de redacción y ordenamiento de ideas y de datos, es en este caso, también, el resultado de una inquietud muy personal que desde hace años el maestro fue vertiendo en distintas obras y a la que ahora dedica específicamente todas estas páginas de estos tres volúmenes. Si se me permite expresar una opinión muy personal, siento que el maestro González Navarro es un poco como este libro: una enciclopedia de sabiduría, un cúmulo de conocimientos del pasado de nuestro país, pero de gran sobriedad: no necesariamente fácil de comprender, tampoco es alguien que enjuicia, valora y expone su punto de vista personal de manera directa, explícita, en la primera plática o en la primera clase.

La obra tiene una estructura sólida, quizá un tanto tradicional, construida sobre a los sucesos políticos del periodo estudiado, 1821-1970; como su eje es el tema "extranjeros", en realidad se trata de una amplia discusión del efecto que tuvo la conquista española; de la conformación de una sociedad colonial, servil, imitadora, clasista, racista, explotadora, que en el siglo XIX se convierte en una nación independiente. Estado nacional —en el papel por lo menos— que surge *con esa pesada herencia social: étnica, clasista, ideológica, que convierte ahora a los nacionales clasemedieros en los "gachupines" de los indios*. El autor utiliza esta frase de Guillermo Prieto como motivo y tema (*leit motiv*) de su gran sinfonía. Y esta realidad de desigualdad social, de desgarramiento clasista y étnico, esta herencia social llevará a que las clases subordinadas reaccionaran de manera violenta y nacionalista en la revolución de 1910 contra esa historia de racismo y opresión.

Abre la sinfonía (si se me permite la metáfora) con un primer movimiento, al analizar en el primer volumen la época de la guerra de independencia, a la que añade un breve preludio colonial. Estudia los proyectos colonizadores, la minería, la entrada de los ingleses, los alemanes, los franceses, la hispanofobia y la invasión estadounidense.

El aspecto que me impresionó, en el tercer capítulo, uno de cuyos apartados lleva el título “Cien mil mexicanos menos”, es la tragedia de quien, siendo mexicano en la zona anexada por Estados Unidos, se ha convertido en extranjero en su propia tierra. En este volumen se analiza también la fallida colonización francesa en Coatzacoalcos, la próspera inmigración de barceloneses, y la guerra de intervención, con sus consecuencias.

En el segundo movimiento de la sinfonía —el tomo dos—, se analiza en detalle la llegada, durante el porfiriato, de extranjeros colonos, trabajadores y agentes del capital de las naciones industrializadas.

Finalmente, en el tercero, se estudian los años que van de 1921 a 1970. Si nos quedamos con la imagen de la sinfonía, el *tempo* sería, digamos, un *vivace*, música llena de ornamentos, variaciones temáticas, contenido, fuerza, con mucho brío.

Pero no es tan sencilla la obra, de manera que en secuencia lineal del primer movimiento, o volumen, simplemente se pase al segundo y de ahí al tercero. No, al interior de los dos movimientos que enmarcan la obra, es decir, en el primero y tercer volúmenes, hay un mensaje contrapuntístico interesante, que invita a la reflexión, digamos un andante “reflexivo”.

Se analizan aquí las opiniones de los mexicanos que en esas décadas visitan o viven en otros países. Aquí el autor-compositor nos lleva a una profunda autocrítica de lo que, yo siento, son nuestras propias estrecheces y limitaciones.

Este contrapunto ayuda mucho a equilibrar la valoración que el lector haría, por ejemplo, de la presencia extranjera en nuestro país, de su arrogancia e ignorancia, puesto que en esas partes puede leer cómo se comporta y juzga el mexicano a las otras naciones cuando las visita.

Además, esta parte contrapuntística hace reflexionar al lector sobre nuestras propias incongruencias: por ejemplo, cuando en México exigimos que, de preferencia, ya en la primera generación de extranjeros nacida aquí sea mexicana, a la vez queremos que los mexicanos que viven y trabajan en Estados Unidos permanezcan eternamente mexicanos.

En este contrapunto autocrítico no solamente se oyen las opiniones de intelectuales, políticos o artistas mexicanos famosos, sino también se incluye un análisis de los braceros mexicanos en Estados Unidos.

Esta visión histórica, detallada, que se proporciona de la migración mexicana en busca de trabajo en el país vecino, muestra el

interés del maestro González Navarro por la sociedad en su conjunto, y el cuidado por escribir un libro no solamente sobre las actitudes de las élites o restringido a determinados grupos. Es imposible reseñar en breves minutos estos tres volúmenes. Cabe recomendar la lectura a quien se interese por la heterogénea composición étnica y social de nuestra población y por sus cambios a través del tiempo. Especialmente la discusión de temas como xenofilia y xenofobia se ve ahora enriquecida de manera notable con los datos que con tanta paciencia y laboriosidad ha descrito el maestro González Navarro en esta obra.

Él dice en su epílogo que espera que su obra sea una gota de agua fuerte en el océano. Yo le aseguro a él que sí lo es. Y que no sólo es una gota, ¡es todo un caudal!

Para terminar, quisiera regresar al carácter enciclopédico, indagador y reformador de la obra y del autor.

Esta gran sinfonía sobre lo "propio" y lo "ajeno" es producto de una motivación, de una inquietud general, creo yo: el deseo de combatir la desigualdad; la necesidad de que finalmente los seres humanos, todos, se reconozcan como tales. Y la historia puede ayudar a ello. Esta gran labor de tantos años del maestro González Navarro se hizo con esa meta.

Dice el autor al finalizar su obra: "la raíz está en aceptar o rechazar la igualdad del género humano, y no sólo de nacionales y extranjeros, sino de los nacionales entre sí..."

Independientemente de que la sinfonía guste a unos más y a otros menos, considero que en estos años es importante escuchar esta música. En esta época, si bien caen algunas fronteras, al mismo tiempo se están construyendo otras sumamente limitantes; si bien, se erigen estructuras legales estatales-comerciales mayores, simultáneamente se está estrechando la visión de lo propio, y se teme y combate aún más irracional y violentamente lo ajeno. Son, por lo tanto, tiempos en los que es especialmente importante escuchar esta música que analiza detalladamente el pasado, para explicar el surgimiento de aversiones, desprecios, racismo e incomprensión.

El libro será un buen maestro, una buena guía académica para conocer un aspecto de la historia de México y para afrontar complejidades. Eso ha sido su autor para muchos de nosotros.

Como mesurado y serio historiador, como académico siempre independiente del Estado y de sus tentaciones, el maestro González Navarro merece mi profundo respeto, por lo que agradezco

mucho que se me haya invitado a este muy merecido homenaje que hoy se celebra en su honor.

Muchas gracias.

Brígida von MENTZ

*Centro de Investigaciones y Estudios
Superiores en Antropología Social*

Buenas noches a todos y muchas gracias a El Colegio de México por invitarme a este homenaje al maestro Moisés González Navarro.

Me parece excelente que parte de este homenaje a un historiador, creador de una obra tan vasta en sus temas como importante en sus contribuciones, sea precisamente la presentación de su más reciente libro, *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero, 1821-1970*.

El tema de esta obra es de absoluta actualidad; poco importa, para el caso, que el maestro González Navarro cierre su estudio en los años setenta de nuestro siglo, pues en el largo recorrido que hace sobre la presencia de los extranjeros en México y de los mexicanos en el extranjero toca temas y problemas que son acuciantes en este fin de siglo que nos toca vivir, no sólo para México, sino para el mundo.

Según cifras recientes, provenientes de la ONU, existen en la actualidad cien millones de migrantes en el mundo, lo cual significa que 2% de la población mundial ha emigrado de sus países de origen. De estos 100, 17 millones se consideran refugiados por motivos políticos, 20 más han huido de fenómenos como sequías, destrucción del medio ambiente y violencia en general, y los 63 millones restantes son propiamente los emigrantes por motivos económicos.

Nuestro presente y futuro inmediatos, pues, muestran un mundo recorrido por los nómadas contemporáneos, enriquecido por el contacto con el otro, pero también perturbado por la estela de ancestrales agravios: la xenofobia y el racismo. Y de xenofobia, xenofilia y racismo trata precisamente, en mucho, el libro que ahora nos entrega el maestro González Navarro.

La acumulación de trabajo que ha reunido el maestro en tres volúmenes es, por principio de cuentas, impresionante. No es exagerado decir que se trata de una obra magna, erudita, total. Eso

puede ser así, en parte, porque González Navarro se ha ocupado de esta cuestión desde hace unos cuarenta años, por lo menos. Aunque, claro, es más impresionante que además en estos años se haya ocupado también de muchos otros temas y que en no pocas ocasiones, sus trabajos hayan sido pioneros, como ocurre en el caso de sus estudios sobre los extranjeros en México.

En su ya clásico "El porfiriato. La vida social", dentro de *Historia moderna de México*, publicado hace 37 años, incluyó dos capítulos dedicados a la inmigración extranjera. Tres años después avanzó en el tema con la publicación de *La colonización en México. 1877-1910*. Y en 1974 publicó *Población y sociedad de México (1900-1970)*, en dos volúmenes, el segundo de los cuales dedicó íntegramente a los temas que ahora nos presenta muy acrecentados. Antes de los trabajos del maestro González Navarro, el tema de los extranjeros no había interesado a los académicos mexicanos. Por supuesto, se había trabajado acerca de las inversiones extranjeras y de las relaciones diplomáticas, o se había tocado a los extranjeros en la medida en que salían al paso en el estudio de otros temas, pero los extranjeros en México no habían constituido en sí mismos un objeto de estudio que despertara interés. Probablemente ello se debe a que México no ha sido, pese a que los sectores dominantes en el país lo desearon por largo tiempo, un país de inmigrantes, sino de emigrantes, como queda absolutamente claro en este trabajo que estamos comentando. Los extranjeros nunca han llegado a ser ni siquiera 1% de la población del país.

Pero que los extranjeros sean poco importantes en términos numéricos en México, y que hayan llegado tarde al ámbito académico no quiere decir, desde luego, y como es sabido, que no tengan importancia en la historia de México, ni que no hayan hecho correr una buena cantidad de tinta.

En 1990, en las principales bibliotecas de la ciudad de México se podían localizar 812 títulos relativos a los extranjeros, referidos a lo largo de toda la vida del México independiente. La mayoría de ellos pueden considerarse, en sentido estricto, fuentes primarias: se trata de leyes, memorias oficiales, debates, etcétera. También de textos que, por su temprana fecha de publicación o por provenir de miembros de las propias colonias extranjeras, más interesados en justificar su presencia en México que en explicarla, se pueden considerar, en cierta medida, también fuentes primarias.

Entre esos títulos se encuentran, desde luego, textos generados en el ámbito propiamente académico: tesis, artículos y libros, la

mayoría publicados en México, aunque no faltan ediciones extranjeras.

Para ubicar el trabajo del maestro González Navarro dentro de este mundo de tinta y papel, tal vez sería importante decir que, de los 812 títulos, sólo 42 aportaron las instituciones académicas mexicanas, y absolutamente todos ellos son posteriores a los trabajos pioneros de Moisés González Navarro. Los años setenta y ochenta fueron fructíferos en este sentido. Un trabajo muy destacado sobre estos temas se llevó a cabo en el CISINAH, después Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, donde se publicaron, si mi recuento no falla, ocho libros en los años ochenta. Otras instituciones hicieron su propia colaboración, como el Instituto Nacional de Antropología e Historia y El Colegio de México. Conforme ha ido pasando el tiempo, cada vez son más las instituciones que se ocupan del asunto y todo parece indicar, por lo que se lleva publicado hasta la fecha, que los noventa serán también años fructíferos para este tipo de trabajos. Pareciera que los extranjeros se han ido poniendo de moda, entre otras cosas por su participación en el mundo cultural mexicano.

Al propio maestro González Navarro le agrada decir que antes de él se ocupó certeramente del asunto un tocayo suyo, Moisés T. de la Peña, quien publicó en 1950, en *Problemas agrícolas e industriales de México*, un extenso trabajo al respecto. Así, resultaría que los primeros en desbrozar el terreno en el estudio de los extranjeros fueron dos mexicanos, pero es interesante observar que, inmediatamente después de ellos, la estafeta fue recogida en buena medida por académicos mexicanos, pero descendientes de extranjeros. Los apellidos de los que hoy estamos sentados en esta mesa parecen indicar algo al respecto.

Por otra parte, y tal vez consecuente con lo anterior, ya no aparecieron trabajos globales, sino destinados al estudio de minorías específicas. Los investigadores mexicanos que se han ido interesando cada vez más por esas temáticas se han ocupado también, básicamente, de grupos en particular. Tal vez con la salvedad del grupo que encabezó María Elena Ota para el análisis del Registro Nacional de Extranjeros, habrá de ser otra vez González Navarro, en ésta su más reciente investigación, quien haga nuevamente una revisión del tema en su conjunto. Muestra de esta manera que no sólo ha sido capaz de “deslindar” terrenos, sino de “colonizarlos”.

Al final de sus tres volúmenes el maestro escribe:

En la amplia denominación de extranjeros se incluyeron inmigrantes (capitalistas y trabajadores), diplomáticos, soldados, viajeros y turistas, artistas y deportistas; de éstos, al menos unos cuantos casos. De los mexicanos en el extranjero (contrapunto del tema anterior) sobre todo se estudiaron los braceros y, en menor medida, diplomáticos, viajeros y turistas.

[Vol. III, p. 459.]

Es decir, de alguna manera, este trabajo es más —y aquí me estoy refiriendo a los extranjeros en México más que a los mexicanos en el extranjero— que la historia de las comunidades de extranjeros residentes en México.

En los tres volúmenes que ahora nos entrega el maestro González Navarro, llama particularmente la atención, además de su afán generosamente erudito, la mirada con que observa a los extranjeros y, en especial, sus visiones sobre el país. Hay en su obra una historia de México y del variado modo en que los extranjeros se relacionan con ella. Más que una historia de los extranjeros, me parece una historia de la relación ambigua y compleja de México con ellos.

En este sentido, para mí, ocupa un lugar preponderante en el libro el juego de miradas e imágenes que intercambian mexicanos y extranjeros. Para ello, el maestro, apoyado en una enorme y variada cantidad de fuentes, convoca a una democrática asamblea donde unos y otros tienen voz y voto.

Me parece también que dos grandes ejes sustentan este trabajo: entender a México como un país enfrentado a las potencias coloniales y afrentado por ellas, y, por otra parte, el planteamiento de que la presencia de los extranjeros en México no puede entenderse sin el otro lado de la moneda, el mundo indígena mexicano. La exaltación de la inmigración extranjera en el siglo pasado, y aún en los albores del nuestro, sobre todo la de “raza” blanca, se fundamenta en el absoluto desprecio a los indígenas mexicanos. Por eso es tan importante en el estudio de los extranjeros en México, y así lo hace González Navarro, abordar los dramáticos temas de la xenofilia, la xenofobia y el racismo.

Esta obra monumental nos plantea varios retos a los interesados en el tema. Me parece que otro homenaje al maestro González Navarro deberá ser que ésta, su obra más reciente, anime un nuevo afán de revisión crítica de nuestro tema de estudio, que in-

corpore nuevas fuentes y genere nuevas hipótesis; que avance a profundidad en temas específicos y no abandone el enorme esfuerzo de esbozar los grandes trabajos de conjunto.

Habría que revisar nuestras maneras de ver y acercarnos al tema. En este sentido, tal vez habría que reconocer y distinguir los discursos y enfrentarlos a partir de la revisión de fuentes novedosas a la “vida en acto”, por decirlo de alguna manera, para ver con mayor precisión los encuentros y desencuentros entre mexicanos y extranjeros.

También habría que revisar, nuevamente, los vínculos de México con el mundo, reconociendo, en principio, que México tiene una serie de relaciones históricamente difíciles, mismas que plantea González Navarro cuando nos explica lo que él llama caídas y tropezones; revisar la noción predominante que confunde “extranjeros en México” con la hegemonía de la presencia de los inmigrantes “blancos”; profundizar en la línea, que también propone el maestro, de combinar el estudio de los que llegan de fuera, con los mexicanos que salen al exterior; y, por último, revisar la política migratoria del Estado mexicano, que no pocas veces se aleja de la imagen idílica de gran país receptor, sobre todo en nuestro siglo y en los años más recientes.

En otro orden de ideas, habría que profundizar en el análisis de los prejuicios que por largo tiempo desempeñaron un papel fundamental en la relación México-extranjeros. También en la relación que en México casi siempre se da íntimamente vinculada, de xenofilia-xenofobia, pareciera que la admiración por lo extranjero, por los extranjeros, una vez más “los blancos”, va inevitablemente unida a resentimientos que afloraran como xenofobia en diversas coyunturas históricas que lo permitan. También me parece que amerita una revisión muy cuidadosa la polaridad extranjero-indígena; no se pueden entender las imágenes y los vínculos que se establecen con los extranjeros sin revisar las imágenes y prejuicios existentes acerca de los indígenas.

Por último, me gustaría insistir en que es necesario perseverar en el entendimiento de México como un país pluricultural; desde luego, no sólo por la presencia de las culturas indígenas, sino por la pervivencia de aportes culturales llegados de fuera de nuestras fronteras, que, ya recreados, deben tener sin duda un lugar legítimo en la cultura nacional.

En fin, el maestro nos entrega una gran tarea terminada. Pero, como siempre, al terminar todo es comienzo. Una obra de esa

magnitud nos confronta y nos obliga a perseverar en las búsquedas.

Dolores PLA BRUGET

Instituto Nacional de Antropología e Historia

Cuando recibí la carta con la invitación de la doctora Alicia Hernández Chávez, directora del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, para presentar el libro más reciente del maestro Moisés González Navarro, acepté de inmediato. Por el maestro, cuya obra desde hace varios años estudio y admiro. Por El Colegio de México, cuyo prestigio llega lejos. Y por ser el que habla un provinciano miembro de una de las etnias que forman el sarape mexicano, llamado en esta ocasión a la ciudad de México, capital y cosmopolita. Varias razones, pues, de las que la imprudencia no siempre carece. Cuando a vuelta de correo recibí los tres enormes volúmenes de *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero, 1821-1970*, con sus 1 599 páginas, sentí que casi me daba el clásico “patatús”. Uno había pensado en una nueva edición, quizá corregida y aumentada, del pequeño libro *La colonización en México de 1960*, con sus 160 páginas, y hete aquí frente a una obra que se antoja descomunal. ¡*Ti manca il fiato!*, dirían los italianos, y en verdad hace falta un gran aliento para leer esta obra, pero más, mucho más, para escribirla.

Por aquí quiero comenzar precisamente; por dejar constancia de mi admiración por un trabajo casi increíble, cuya seriedad académica y cuya metodología rigurosa asombran al más pintado. Moisés González Navarro trabaja una enorme cantidad de materiales y hasta juega con ellos con soltura, de modo que le sirven muchas veces, aquí y allá, de toques literarios para dar esmalte y brillantez a la objetividad siempre buscada. Es cierto que la obra aprovecha las investigaciones juveniles del autor, especialista como pocos, en el siglo XIX y en el porfiriato. Pero la ambición ha crecido con los años, y nosotros pensamos que también la sabiduría. Lo primero es reconocido por el propio autor, allí donde dice: “Este libro implica, en cierto sentido, toda la historia de México (causas atractivas) y de los países cuyos nacionales han venido a México (causas expulsivas), o sea el desarrollo del capitalismo y la revolución demográfica” (vol. I, p. 12) En realidad, el tema de los extranjeros es aprovechado como una especie de tajo para penetrar en la mina, o de corte transversal para adentrarse en el

estudio de nuestro país y a veces hasta en el de los demás. Uno se aleja de la microhistoria a grandes zancadas. Y ésta es una de sus gracias, que no son pocas. Los que hemos hecho monografías, o estudios particulares, nos vemos incorporados a un contexto mucho más grande, que aumenta la comprensión de nuestro propio territorio.

Pero como toda obra humana es siempre perfectible y Moisés González Navarro piensa seguramente que la alabanza desmedida es comparable al vituperio, nos permitiremos hacer algunas observaciones y comentarios.

En primer lugar, se puede notar que a veces se cuele algún gazapo, o errata, cosas de esas que suceden hasta en las mejores familias, como el de la p. 382 del tomo I, donde se dice: "La historiografía conservadora, por supuesto, ha defendido el tratado MacLane-Ocampo". El autor se refiere, por supuesto, al tratado Mon-Almonte, como es fácil inferir por el contexto.

En el tratamiento de los colonos italianos, y de todos los demás, González Navarro reconoce la obra pionera de Moisés T. de la Peña: "Moisés T. de la Peña hizo un útil trabajo pionero de gran envergadura en su artículo "Problemas demográficos y agrarios", publicado en *Problemas agrícolas e industriales de México*, núms. 3-4, vol. II, México (julio-septiembre/octubre-diciembre, 1950), p. 327". Y los que trabajamos estos temas reconocemos, por nuestra parte, a estos dos Moisés, que forman la tradición mosaica en nuestro campo. Pero entre ambos hay grandes diferencias. De la Peña no siguió las reglas estrictas de la investigación científica y carece casi completamente de aparato crítico. Para su estudio de las colonias italianas se basa todo el tiempo en la relación de Egisto Rossi, que visitó nuestras colonias exactamente 20 años después de su fundación, pero en ningún momento aporta la ficha bibliográfica correspondiente. Costó mucho encontrarla en el Ministero delle Relazioni Estere di Roma, en el *Bolletino della Emigrazione* del año 1903, y publicada por nosotros en 1989 (¡*Legan los colonos!* Punto y Aparte, Jalapa, 1989, 338 pp.). Se trata de una relación oficial muy objetiva y muy inteligente. Hay que oír uno de sus pasajes:

Se me recibió con verdadero júbilo por parte de nuestros excelentes compatriotas. Yo era el primer enviado del gobierno italiano que se hacía presente en medio de ellos. Una delegación a caballo había salido a recibirme a medio camino, venían vestidos con trajes típicos mexica-

nos y me hablaban en un italiano que para mí resultó más difícil de entender que el mismo español.¹

Hacia el final del tomo III el propio González Navarro hace una evaluación de su hazaña y sospecha que tal vez los investigadores particulares van a señalar que su tema no ha sido suficientemente analizado (vol. III, p. 459). Y por mi parte aduzco estos textos porque no están en la obra que comentamos y creo que iluminan un aspecto de las colonias italianas: la integración inmediata. En los libros parroquiales de Huatusco está el primer registro de un bautismo de la colonia el 14 de noviembre de 1881. Es una niña nacida a bordo del vapor *Atlántico*, en el mar del mismo nombre, como dice la boleta. Y se llama muy significativamente: *María Guadalupe*. Es hija legítima de Félix Bertani y de María Landoni. Y Bertani es apellido famoso entre nosotros por el cojo Bertani, general en la Revolución que anduvo metido de cabeza en la bola. En 1993, el Premio Nacional de Literatura es Sergio Pitol, de los colonos de la misma región, y quizá convenga decir discretamente que también la primera dama, doña Cecilia Occelli de Salinas, es descendiente de estas familias y que su gente llega precisamente en el mismo vapor, *Atlántico*, el 25 de febrero de 1882, que entonces ha cambiado su nombre por el de *Messico*. Ese cambio rápido de nombre y esa asimilación inmediata es lo que queremos señalar. Quizá tampoco haya que olvidar al infortunado Luis Donaldo Colosio. No todo ha sido Chipilo.

Por otra parte, es muy significativo que el maestro González Navarro hable de “fiasco italiano” en 1960 y que en el libro que comentamos, de 1994, volumen II, p. 211, aparezca la misma expresión, pero ahora con un claro signo de interrogación. Ha habido una sabia maduración, a nuestro juicio. Y no se crea que esto no sea importante. Los títulos, y más los subtítulos, son muy reveladores en la obra. Quizá podamos adentrarnos un poco más en todo este asunto. Su primera versión estaba fundada principalmente en la prensa, y ésta es un grave peligro para la historia. En ella no sale más que lo que rompe la normalidad o la regla. El punto de vista del reportero es siempre prejuiciado por la sensación y el momento, por la emergencia inmediata, en contra de la perduración y de la trascendencia. Allí te encuentras noticias sobre los colonos que desertan, o vagan como mendigos por las ciuda-

¹ José Benigno ZILLI MÁNICA: “¡Llegan los colonos!”, en *Punto y Aparte*, 1989, p. 314.

des, pero no se dice nada de la mayoría de los abuelos que trabajan el campo de sol a sol como no lo había hecho ningún europeo entre nosotros, según la observación escrita por el padre Clavijero. La prensa se suele hacer de fascinación y destellos. Pero más hay que cuidarse de ella en este caso por dos razones ulteriores: el porfiriano inmediatamente sucesor, reniega del periodo de Manuel González y de todas sus empresas o intentos. Buen ejemplo de todo ello es la obra panfletaria y odiosa de Salvador Quevedo y Zubieta, que a nuestro juicio debiera ser citada no solamente con comillas sino con pinzas.

Todavía nos atrevemos a decir algo más. Moisés González Navarro trata varias veces el asunto de la prevención, o prejuicios, de la Iglesia mexicana contra la inmigración y los extranjeros; el caso del padre Mariano Cuevas, por otra parte benemérito (vol. I, p. 11), y el caso casi patético del padre Agustín de la Rosa, "que nunca subía en un tranvía pues los que había en Guadalajara eran de manufactura estadounidense. Por la misma razón nunca viajó en ferrocarril" (vol. II, p. 353). Y en general, las discusiones sobre la tolerancia de cultos para poder hacer leyes más abiertas y acogedoras que Dieter George Berninger trató tan atinadamente en *La inmigración en México (1821-1845)*. México: SepSetentas, 1974, 198 pp. Pero a uno le habría gustado ver aplicado este tema en la cuestión de los italianos. Es cierto que no eran judíos ni herejes, pero eran algo peor, eran *liberales*. Para la Iglesia mexicana de aquel tiempo no había nada más adverso en lo que se pudiera pensar, y para el gobierno mexicano eran una raza completamente afín y deseada. Esto explica muchos de los textos de la prensa que aduce el maestro González Navarro, que se regodean en las fallas de las colonias. Estos italianos traían la subversión del orden medieval o colonial, eran garibaldinos y antipapistas, como el general Luis Ghilardi, que fue ayuda de campo de Comonfort, por más que se cuidó bien, y en los mismos contratos, de que fuera gente de la Liga norte y no del Sur, por carbonario, camorrista y mafioso. De allí saldrá ciertamente Lombardo Toldano, pero, también, varios piadosos clérigos y hasta dos obispos de la Iglesia de México, como monseñor Manuel Fulcheri y Pietrasanta, que lo fue de Cuernavaca y luego de Zamora y monseñor Mario de Gasperin, actual obispo de la diócesis de Querétaro.

Todas estas cosas no están de manera explícita y abierta en los tres tomos de la obra de Moisés González Navarro. Pero me atrevo a decir que las conoce y supone. Lo que pasa es que casi nunca

nos deja ver la trama de sus hilos y de su tejido. Lo que uno observa es un inmenso tapiz colorido y aún brillante. Una obra de taracea, de detalle, de trabajo bizantino, de intelección de la realidad a base de una documentación exhaustiva, con una objetividad y una imparcialidad asombrosas. El autor se mueve siempre guardando una justa distancia entre Chauvin y Malinche, por más que Malinche sea de nuestra tierra y de ella nos haya quedado una proclividad para tratos y tratados con los extranjeros.

José Benigno ZILLI MÁNICA
Universidad Veracruzana

RÉPLICA

En primer lugar, muchas gracias a todas las personas que tan generosamente aceptaron comentar este libro. Aunque Brígida von Mentz señala, con razón, que no enjuicio ni valoro de manera directa, sí se encuentran mis opiniones personales. Esto fue deliberado, no opiné paso a paso sobre los prejuicios y los valores de los extranjeros y de los mexicanos, pero sí confieso mi opinión básica: la igualdad esencial del género humano. Brígida, además de calificar esta obra de enciclopedia, como buena violinista, la compara con una sinfonía que tiene un útil contrapunto en las opiniones de los mexicanos en el extranjero.

Dolores Pla señala, también con cierta razón, que esta obra más que una historia de los extranjeros en México, es una "historia de la relación ambigua y compleja de México con los extranjeros". También tiene razón en señalar que a la tradición mosaica (don Moisés T. de la Peña y el autor de estos tres volúmenes) se añade el estudio que los descendientes de los extranjeros hacen sobre sus ascendientes. Precisamente en reconocimiento de ese hecho se escogió a los comentaristas, para tener una confrontación doble: el carácter general de esta obra y las monografías sobre algunos extranjeros en particular.

El padre Benigno Zilli califica, también con razón, esta obra de perfecta. Afortunadamente, yo mismo he contribuido al perfeccionamiento de nuestro conocimiento sobre este tema. En efecto, Zilli señala mi maduración porque pasé de haber calificado la colonización italiana de fiasco en 1960 a ponerle una interrogación a la palabra fiasco en 1994. Coincidió con la crítica del padre Zilli

a la prensa periódica como fuente histórica; afortunadamente, desde mis primeros estudios sobre la colonización italiana utilicé otras fuentes (las memorias de la Secretaría de Fomento y las de los gobiernos de los estados, etc.) que me permitieron señalar que los colonos italianos triunfaron sobre todo en Huatusco y en Chilpilo. Zilli señala que, si bien en esta colonia hubo resistencia al mestizaje (una de las razones que en el criterio de la época justificaba la colonización extranjera), en el viaje de uno de los primeros contingentes italianos nació una niña a la que, significativamente, se bautizó María Guadalupe. De cualquier modo, no está documentado el mestizaje de la totalidad de los colonos italianos.

Es obvio que esta obra es sólo un segundo intento de síntesis del tema, escrita un tercio de siglo después del primero, que escribió De la Peña. Ciertamente, estos tres tomos son perfectibles, no son una verdad eterna ni están todos los temas pertinentes, confío en que en menos de otro tercio de siglo se escriba una nueva versión de este tema. En fin, esta obra acaso pueda ayudar a ampliar y conocer mejor a los extranjeros y ciertos temas ahora insuficientes. Ojalá que la tercera versión se escriba con el criterio que el padre Zilli señala en mi obra: "Justa distancia entre Chauvin y Malinche".

Moisés GONZÁLEZ NAVARRO
El Colegio de México